

“Construir la unidad en la familia de Dios para difundir su felicidad en el mundo”
Homilía para el 5º domingo de Pascua, año A
10 de mayo de 2020

Introducción

Estamos abriéndonos camino a través de los Hechos de los Apóstoles durante este tiempo pascual, con este libro de la Biblia que es siempre la primera lectura en la Misa desde el domingo de Pascua hasta el domingo de Pentecostés. Hace tres semanas, el segundo domingo de Pascua, escuchamos la siguiente descripción de la vida de la primera comunidad cristiana en Jerusalén: “Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Los que eran dueños de bienes o propiedades los vendían, y el producto era distribuido entre todos, según las necesidades de cada uno. Diariamente se reunían en el templo, y en las casas partían el pan y comían juntos.”

Parece una situación idílica, todos viviendo juntos en paz y armonía. Cuatro capítulos y tres domingos después, ¿qué oímos? “Como aumentaba mucho el número de los discípulos, hubo ciertas quejas de los judíos griegos contra los hebreos, de que no se atendía bien a sus viudas en el servicio de caridad de todos los días.” ¡Sí, disensión!

Casa espiritual

San Lucas, el autor de los Hechos de los Apóstoles, no pasa por alto la disputa que surgió en esta primera comunidad cristiana entre los “griegos” y los “hebreos”. Los griegos eran judíos que habían regresado a Jerusalén desde la diáspora—es decir, aquellos judíos que vivían en el mundo antiguo durante siglos, habiendo sido exiliados después de que su reino en la tierra de Israel fuera invadido y destruido—y posiblemente había también gentiles conversos a la fe cristiana. El mundo antiguo en esa época era de habla griega; el griego era la cultura y el idioma predominantes en el mundo de entonces, al igual que el inglés en el mundo de hoy. Los hebreos eran aquellos judíos cuyo linaje había permanecido en Jerusalén todo el tiempo, y hablaban el lenguaje cotidiano de esa parte del mundo en ese momento, el arameo. Los miembros de habla griega de la comunidad aparentemente eran tratados como algo así como ciudadanos de segunda clase, y eso era la fuente de la disputa.

Vemos aquí cómo los Apóstoles son llamados a encontrar una solución a esta disputa para preservar la unidad de la comunidad. El resultado es la selección de los “siete hombres de buena reputación” para ayudar en la distribución de los bienes temporales. Dados sus nombres, parecería que ellos mismos procedían de la facción de habla griega de la comunidad. Este es el papel del ministerio apostólico en la Iglesia: los obispos, que son los sucesores de los Apóstoles, tienen el papel de salvar las diferencias, de mantener unidas y reconciliar las facciones diferentes dentro de la Iglesia, con el fin de preservar la unidad de la Iglesia. Como dijo un erudito de la Escritura (y con gran perspicacia, debo añadir, dado que, aunque era un clérigo ordenado, no era un obispo): “No es una tarea fácil, pero es una tarea verdaderamente apostólica”.

Vocación

Los Apóstoles son los cimientos de la Iglesia, pero se necesita más que un cimiento para completar un edificio. En nuestra segunda lectura, San Pedro llama a la comunidad de creyentes a la “edificación del templo espiritual ... destinado a ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios”. Una casa consiste en muchas piedras, colocadas juntas de manera ordenada y cohesiva. Cada una es importante para completar el conjunto, de modo que la casa pueda ser sólida y segura, protegiendo de los elementos del exterior y proporcionando un marco en el que los que

viven dentro puedan crear un hogar. Y así nuestro Señor habla en el Evangelio de las “muchas habitaciones” en la casa de su Padre.

Estas “muchas habitaciones” son las diferentes vocaciones en la Iglesia. La vocación no es otra cosa que la llamada que Dios nos hace para servirle en esta vida, para convertirnos en la persona que Él nos ha creado para ser, y así alcanzar nuestra vocación humana común que es la felicidad con Él ahora y para siempre en el cielo. No es que cada vocación sea un camino separado al cielo. De hecho, acabamos de escuchar uno de los dichos más profundos de los Evangelios en la respuesta de Jesús a la pregunta de Felipe sobre cómo ellos pueden conocer el camino: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí”. Sólo él es nuestro puente hacia Dios, nuestro gran sumo sacerdote que supera el abismo entre la raza humana y nuestro Creador. Él es el único camino hacia su Padre celestial. Podríamos decir, entonces, que la vocación son los pies que Dios nos da para recorrer este camino.

La madre como unificadora

Durante estos días de refugio continuo en el lugar, centramos mucha atención en la iglesia doméstica, la familia. Es bueno reflexionar sobre cómo nosotros, cada uno de nosotros, vivimos nuestra vocación dada por Dios en el contexto de la familia, así como en la Iglesia y en la sociedad en general. Y mientras lo hacemos, dada la especial ocasión que hoy en día se presenta en la sociedad en general, nuestra atención se centra especialmente en una vocación muy preciosa, sobre todo en la iglesia doméstica: la de la maternidad.

En la iglesia doméstica, es la madre más que nadie la que es la fuerza de la unidad en la familia. Una madre siempre quiere ver a sus hijos unidos, en armonía; cuando hay división, disensión, o miembros de la familia que se repudian entre sí, esto golpea muy profundamente en el alma de la madre, más que cualquier otra persona. Y sus hijos lo saben. Es por eso que su madre tiene una forma de aliviar las disputas que los hermanos pueden tener entre sí; el tierno y natural cuidado amoroso de una madre tiene el poder de aligerar instintivamente las relaciones familiares cargadas de rencores históricos; ella más que nadie puede traer la paz y la reconciliación entre las facciones en pugna de la familia. Ella es, literalmente, una creadora de hogar.

En este Día de la Madre, recuerdo los comentarios hechos por un Papa hace muchos años. Era el Papa Pío XII. Él solía dar charlas a las parejas recién casadas; estas charlas son las que se convirtieron en lo que ahora son las audiencias papales generales de los miércoles (y por qué hasta hoy las parejas recién casadas se colocan en una sección especial de primera fila en esas audiencias generales). En una de estas charlas, habló de la mujer como el “sol de la familia”. Y a pesar del estilo poético indicativo de la época, contiene algo de sabiduría atemporal. En sus palabras:

a menudo se dice que un matrimonio prospera cuando ambos cónyuges no buscan su propia felicidad, sino la felicidad del otro; este maravilloso sentido intuitivo y plan de matrimonio, aunque pertenece a ambos cónyuges, es especialmente la virtud de la mujer; porque por su propia naturaleza la mujer está dotada de instintos maternos y de una especie de sabiduría y prudencia del corazón que le hacen posible esto, y así, si la amargura se le presenta, simplemente la convierte en algo agradable; si es insultada, ella muestra en respuesta la dignidad junto con la reverencia. Y así es como el sol, que al amanecer trae alegría a la triste atmósfera matutina, y al levantarse trae luz a las nubes con sus rayos dorados.

Madre María

Como en la iglesia doméstica, así en la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo. Nuestro Señor tomó su naturaleza humana de María de Nazaret. Al hacerlo, se hizo nuestro hermano. Con esa naturaleza humana, en su cuerpo humano, se ofreció a sí mismo en sacrificio en la Cruz, superando el abismo entre Dios y nosotros. El Hijo unigénito de Dios desde toda la eternidad nos hizo a todos hijos e hijas adoptivos de Dios, sus hermanos y hermanas. Y por eso su madre María es nuestra madre también. Ella es la madre de todos los cristianos.

Ella también tiene el poder de unir a todos los hijos de Dios. En esta época de tantas divisiones, de polarización y de amargas rivalidades, que a veces afectan incluso a la familia de la Iglesia, recurramos a ella, nuestra madre, para unirnos en su Hijo. Sabemos por la apertura de los Hechos de los Apóstoles que ella era miembro de esa primera comunidad cristiana en Jerusalén, ya que estaba con los Apóstoles y los demás discípulos en el Cenáculo ese día de Pentecostés. Ella está todavía con nosotros, ayudándonos con sus instintos maternos a convertir la amargura en algo agradable, a soportar el insulto con dignidad y reverencia, a traer alegría de nuestra tristeza, y a arrojar la luz de su Hijo para iluminar las nubes oscuras de nuestra pena y tristeza.

Conclusión

Ella nos une en su Hijo. ¿Y cuál es el fruto de esta unidad? Escuchamos al final de este pasaje de los Hechos de los Apóstoles que es la primera lectura de la Misa de hoy: “La palabra de Dios iba cundiendo. En Jerusalén se multiplicaba grandemente el número de los discípulos.” La unidad en la fe produce el fruto de la evangelización y la santidad. Perseveremos en la oración y la caridad, ofreciendo sacrificios espirituales aceptables para Dios, para que Él nos construya una casa espiritual, una familia de discípulos que sea un hogar adecuado para Su santidad y una comunidad acogedora para aquellos que buscan la felicidad para la que Él nos creó.